

Al vendabal que á la rosa
 Deshoja al pié del rosal?
 —Verdad es, pero mis sienes
 Reclaman otro color,
 ¡Y el del laurel que tú tienes
 Es triste como el dolor!

II

Al fin, como las hermosas,
 Mi hermosa se coronó
 Con las más alegres rosas
 Que en el vergel encontró.
 Mas pasó un día, y el viento,
 Que no amedrenta al laurel,
 Arrebató al momento
 Las cien rosas del vergel.
 Y á las rosas purpurinas,
 Aquel soplo convirtió,
 ¡En la corona de espinas
 Que su frente ensangrentó!

III

Mujeres: si una corona
 Anhelaseis inmortal,
 Recordad que mi matrona
 Maldice aun el rosal.
 Pues las rosas más divinas,
 Con dar tan grata ilusión,
 ¡Deshojadas son espinas
 Que llegan al corazón!

ISIDORO FRIAS FONTANILLES.

LA MUERTE DE UN JUSTO

UN hombre moría.
 Pero no quería morir y hacía pinitos como los niños, es decir, caía y se levantaba para volver á caer.

No se moría tampoco de viejo, aunque no era jóven; se moría simplemente de vicioso.

—¡Pobre hombre! exclamó un duque, compadeciéndolo ó no; está muy achacoso y se morirá pronto.

Y aunque lo dijo en lo privado hubo de trascender á lo público su dicho y llegó á oídos del que se moría y no quería morir.

—¡Oh! exclamó á su vez éste en son de cólera. Viviré, mal que le pese, viviré lo suficiente para verle morir á él desesperado, ya que á tanto se atreve.

Y añadió con más encono volviéndose á los que tenía detrás:

—¡Hola!

—¡Señor!

—Llevad á la torre al duque y dejadlo allí á pan y agua hasta que se muera.

Y dicho y hecho; llevaron al duque á la torre y lo dejaron á pan y agua hasta que se muriera.

Pero ¿quién era aquel hombre que así disponía de la vida de tan alto personaje?

No era un hombre; era un rey, y como tal rey era én aquella época señor de vidas y haciendas.

Mató ó mandó matar durante su reinado:

Dos reinas.

Dos cardenales.

Tres arzobispos.

Diez y ocho obispos.

Trece abades.

Quinientos frailes.

Setenta y cuatro canónigos.

Cincuenta doctores.

Cuarenta magnates ó títulos de nobleza.

Trescientos treinta y cinco nobles de menor cuantía.

Ciento veinticuatro hombres de clase media.

Y ciento diez damas de condición.

Lástima que no se hubiera averiguado asimismo el número de los miserables que también mató ó mandó matar, aunque no creemos fueran muchos relativamente, no ofreciendo el gran estímulo de la confiscación.

Y ¿qué rey era ese que así degollaba á sus vasallos y hasta á sus vasallas?

No era un rey; era un monstruo... un monstruo que no quería morir, después de haber hecho morir á tanta gente.

Sin embargo, se moría, haciendo bueno, á su pesar, el dicho del duque preso á pan y agua, y mala por consiguiente su justicia, que por lo regular no tenía forma de proceso ó era una forma amoldada á su justicia.

Todos pensaban ya en la muerte próxima del rey; pero con tan ejemplar castigo á la vista ¿quién había ya de atreverse á decirlo?

Alguien, sin embargo, hubo con el valor necesario para cometer este crimen de lesa majestad, y no así como quiera, sino frente á frente del mismo interesado.

Pero tenía tal y tanto valor, porque contaba de antemano, sino con la indulgencia, con la impunidad.

Era al médico de cabecera.

No podía ser otro el héroe de esta acción.

Podía ser también otro: un loco.

Pero no era un loco, sino el sensato doctor.

—Señor, le dijo gravemente después de tomarle el pulso y verle la lengua y palparle el vientre; señor, los reyes, como los mendigos, son mortales...

El rey se incorporó súbitamente y miró al doctor con extraviados ojos, y en ojos y en labios con

expresión de escándalo, como quien oyera una blasfemia, una calumnia, la calumnia de que los reyes mueren como los mendigos.

Pero no pudo expresar su enojo, pues no pudiendo mantenerse incorporado, cayó muy luego en la cama, impotente y pesado ya como un cadáver.

—¿Qué quieres decir? balbuceó después.

Quiero decir, señor, que si los reyes no son inmortales, alguna vez ha de llegarles su hora; y en esta hora suprema es obligación del médico advertirlo para que el rey que va á morir se ponga bien con su conciencia.

—¿Bien con mi conciencia?

—Bien con Dios.

—Pero ¿tan malo estoy?

—Pésame tener que decíroslo, señor: tan malo estais.

—¿Es decir que voy á morir?

El médico bajó la vista y guardó silencio.

—Pero ¿pronto? volvió á preguntar el rey.

—Señor, es una crueldad entrar en estos detalles... Básteos saber que estais en inminente peligro.

—Pero viviré siquiera lo que resta de día.

—Puede ser.

—Entonces tengo tiempo para dictar algunas disposiciones. Que venga Danny.

El ministro se presentó.

—Señor...

—Extended inmediatamente la orden de ejecución del duque de Norfolk, y traédmela á la firma sin demora.

—Sir Denny quedó como clavado en su sitio, inmóvil, helado de horror.

—Sin demora, repuso el rey, que estoy en inminente peligro de muerte.

El ministro hizo un gran esfuerzo y huyó impulsado por su mismo horror.

Al salir de la real cámara cambió con el doctor algunas palabras que lo tranquilizaron.

Sin embargo, aun vivía el rey y era preciso obedecer.

Extendió, pues la orden de ejecución del duque y la llevó á la firma del moribundo rey.

El rey, moribundo y todo, firmó.

¡Oh Dios! ¡firmó!

Pero no os asombreis tan pronto, que hay más.

Pasadas algunas horas, y por tanto, mas cerca aun del sepulcro, distinguió entre los circunstancias sir Denny.

—¿La orden? le preguntó.

—Está ejecutada, contestó el ministro de acuerdo con el doctor para salvar la vida del inocente duque.

—Muy bien, repuso el rey.

Y, asombraos ahora, se durmió tranquilamente.

Luego le despertó el hipo de la muerte y en la agonía habló algunas palabras de teología con la reina su esposa, y la despidió sin amor, sin ternura, sin piedad.

Y mandó llamar al arzobispo.

Cuando el prelado llegó estaba al parecer más tranquilo.

—Muere como un justo, dijo el prelado á los palaciegos, que lloraban desconsolados por decirlo así.

El médico le tomó una mano y el prelado otra.

—Señor, gritó este llorando como los palaciegos; señor, apretadme la mano en señal de contrición por vuestras faltas, para que Dios os abra las puertas del cielo... ¡Cómo me la aprieta! añadió. ¡Se ha salvado!

—Mentira, dijo para sí el doctor. Si está ya muerto ¿cómo te ha de apretar mucho ni poco?

Pero ¿quién era este monstruo que mata sin piedad á un inocente en la hora suprema de su misma muerte y muere tranquilamente como un justo, aunque sin apretar mucho ni poco la mano del arzobispo de Cantorbery en señal de contrición?

Dicho se está: era Enrique VIII de Inglaterra.

CECILIO NAVARRO.

DESASTRES

Qué desolación! qué ruina!
 Quedan paredes rotas, montones
 de escombros que el viento hacina;
 de calles y callejones
 no queda ya en la ciudad
 más que algo confuso, inerte,
 en dónde la soledad
 es hermana de la muerte.

En las ruinas, olvidados
 agítanse humanos seres
 con los miembros desgarrados;
 yacen hombres y mujeres
 para no alzarse jamás;
 alguien que herido camina
 logró escurrirse quizás
 por las grietas de la ruina.

Si tu alma está conmovida,
 lector, al fatal aspecto
 de esa población derruida,
 piensa que tú el mismo efecto
 causas muchas veces, cuando,
 sin que ningún bien consigas,
 vas destruyendo y hollando
 pobres ciudades de hormigas.

EL DOCTOR PÉSIMO.